

CAPITULO III.

El dependiente y el principal.

¿Qué edificio es ese que imponente y magnífico, vasto y elegante se levanta grandioso, coronado de almenas, entre una humilde iglesia católica y un vistoso campo santo?

¿Quién habita dentro de esas magníficas paredes llenas de elegante balconería, por donde entra á torrentes la luz, y acarician las embalsamadas auras de la feraz rivera de S. Cosme y las suaves brisas del antiluviano bosque de Chapultepec?

¿Quién vive en ese admirable palacio, cuya espaciosa puerta de entrada se levanta

como la de un alcázar de un príncipe oriental?

¿Habita en él algun distinguido personaje? ¿Algun ministro de Estado? ¿Algun embajador?

No; esas fastuosas personas no habitan junto á los retirados cementerios, que se avienen mal con su lujo deslumbrador y su mundana pompa.

Sus palacios se levantan en medio de los concurridos teatros, de los magníficos bazares, de los casinos, de los notables cafés y de los edificios destinados á las diversiones públicas. Sus balcones ostentan el rico y bordado cortinaje que denuncia la riqueza que poseen, las grandes rentas que disfrutan: sus puertas se ven llenas de orgullosos criados, vestidos de bordadas libreas que no permiten penetrar sino á determinados personajes, cubiertos de títulos y de honores.

Empero los balcones del edificio que nos ocupa, están muy lejos de ostentar esa grandeza deslumbradora ni ese lujo fascinador.

Desprovisto el edificio de toda gala exterior, apenas si se ve en ellos alguna humilde cortina de oscura lona, y en el ancho zaguán tres ó cuatro hombres de humilde traje, de rostros macilentos, cubiertas sus despeinadas cabezas con sombreros ordinarios de inmensas alas, forrados de hule.

En este palacio, cuya capacidad y belleza arquitectónica contrasta con la pobreza de su adorno, no viven los poderosos, los ricos y felices, sino los mas desgraciados seres de la tierra: esos desdichados hombres que han llegado á perder el precioso don con que Dios dotó á la privilegiada criatura para que le conozca y le ame: esos infelices que no ejecutan nada que no sea desconcertadamente, que hablan fuera de propósito, que todo lleva en ellos el sello del desordenamiento de la fantasía, y á quienes se conoce con el triste nombre de *dementes ó locos*.

Sí; en ese edificio levantado por el sentimiento de humanidad que imprime la religión en el alma de los buenos, se desliza la vida de centenares de infelices, á quienes

la caridad cristiana tiende una mano benévola en el mundo, y les brinda la muerte el descanso y el reposo.

Por eso se levanta el vasto edificio de los desgraciados entre una iglesia y un panteón; esto es, entre la caridad del hombre religioso, y el fin de sus padecimientos.

Muchos hay que al visitar esos vastos asilos y oír los desconcertados conceptos de los dementes, sus largos razonamientos en que mezclan lo sólido con lo ridículo, lo inconcebible con lo racional, se ríen de sus delirios, y lo que es aun peor, se emplean algunas veces en excitar á aquellas desorganizadas cabezas para que continúen tejiendo la tela de sus despropósitos.

¡Ah! ¡eso es incalificable!

Para mí no hay espectáculo que mas me conmueva ni en que vea mas patentemente humillada nuestra soberbia, que al contemplar á un hombre loco y fuera de sí, profiriendo palabras inconvenientes, ejecutando acciones desarregladas, y dirigiendo preguntas ridículas y fuera de propósito.

Menos malo considero la muerte, que el vivir en un estado continuo de enagenacion mental, donde el hombre es inferior á las béstias insensatas.

Solo la consideracion de la locura y de lo fácil que es perder en un instante la bella prerogativa del juicio al hombre de mas capacidad y de mas saber, me hace estremecer de horror.

Pero parte de los personajes de nuestra historia nos esperan dentro de esas sólidas paredes, y es preciso penetrar en su recinto por mucho que nos duela ver sufrir y padecer á la desgraciada humanidad.

Apenas hemos pasado el umbral de la puerta y hemos entrado al largo corredor que conduce á un espacioso patio con una gran fuente en medio, cuando nos encontramos con un hombre de rostro enjuto y pálido, que, con una seriedad extrema nos recibe echándonos bendiciones y recitando algunas palabras en latin. Es un desventurado á quien se le ha metido en la cabeza que es arzobispo.

Mas adelante se ve una persona de noble

presencia, dando voces de mando á los batallones que se figura tener á sus órdenes. Es otro demente que sueña ser general, y que provisto de un papel, que él se figura mapa, se acerca á todos los que entran, para informarles de los puntos que ocupa el enemigo, y el plan de ataque que tiene concebido para envolver á sus contrarios y hacerlos prisioneros.

En un ángulo del patio, y subido sobre una mesa, se ve á otro tan falto de juicio como los primeros, que, con las palmas unidas, y colocadas cerca del pecho, con los dedos hácia arriba, fijos los ojos en el cielo, inmóvil como si fuese de piedra, sin hacer caso de los que á él se acercan ni responder á ninguna de las preguntas que se le hacen, permanece quieto, sin querer tomar alimento ni bajarse un instante de aquel sitio. Ha dado el infeliz en la idea de que es santo, y se niega á tomar alimento y á satisfacer toda necesidad natural, alegando que los santos no comen ni tienen necesidades de ninguna especie. Para obligarle, pues, á que asista al refectorio, es preciso que al-

guno de los loqueros se acerque y le diga con voz hueca y de mando: "Yo soy Dios, y como Dios te ordeno que vayas á comer." Entonces baja de la mesa de un salto, pero sin perder la actitud de sus manos ni de su cuerpo, penetra en el comedor sin dirigir la vista á ningun lado, toma rápidamente el alimento, y sin pronunciar palabra ni mirar á ninguna parte, sale con la misma seriedad que entró, y vuelve á colocarse de nuevo en el ángulo del patio, sufriendo imperturbable el sol, el agua y el viento.

—¡Cómo me conmueve la triste suerte de estos desgraciados!

Decia al administrador del establecimiento un elegante jóven que daba el brazo á una mujer hermosa, en cuyo semblante estaba impresa la tristeza, y á cuyo lado marchaban dos niñas encantadoras.

—Sí, señor Nuñez, son dignos de lástima:—contestó el administrador, que era un hombre como de cuarenta y cinco años, de noble presencia y de una instruccion no comun.—Doce años llevo de vivir en esta casa, de verles á todas horas, y no he podido

acostumbrarme á ver con indiferencia su desgracia.

—¡Y quién es ese que al acercarnos se pone sobre la cabeza esa tabla y se acurruga en el rincon lleno de temor?

—Ese es un filósofo que velando y estudiando noche y dia por descubrir la causa de que pasen á la imaginacion los objetos con sus formas y colores, ha creido encontrar la solucion diciendo que su cabeza es de vidrio azogado, á manera de espejo, y siempre que se acerca alguno; graniza ó pasa por alguna puerta estrecha, se cubre con la tabla para que no se la rompan.

—¡Y ese que está haciendo números en la pared, es algun aritmético que busca la solucion de algun gran problema?

—No señor; ese es un desgraciado jugador que está escribiendo el sistema de no perder nunca.

La mujer que se apoyaba en el brazo de Nuñez exhaló un suspiro, fijó los ojos en el infeliz demente, y reconoció en él al esposo de Doña Crucecita, la inseparable amiga de la mercachifle Doña Anita.

—Sí, señores, es verdad; mi combinacion es infalible:—dijo el ex-empleado volviéndose á ellos y suspendiendo su trabajo.—Estos cuarenta números que ven vdes. aquí, representan las cuarenta cartas; pues bien, supongamos que el uno es un rey y el dos un caballo: tenemos de capital cien pesos: ¿á cuál pongo? al caballo diez pesos: ¿se ganó ó se perdió el albur? Si se perdió....

—Bueno, bueno;—dijo el administrador interrumpiéndole.—Siga vd. su cálculo, que pronto vendremos á que nos explique vd. su sistema.

—Bien; les espero á vdes., y les enseñaré á la vez una obrita que estoy escribiendo, que se intitula: “Reflexiones para despues de haber perdido.”

—¿Hace mucho tiempo que se encuentra ese hombre en este hospital?

Preguntó la bella mujer cuando se hubieron alejado algo del cesante.

—Poco mas de un mes, hermosa Elisa. ¿Le conoce vd. acaso?

—Sí señor, fué mi vecino en la casa número 3 de la calle de Tacuba.

—El gobierno—advirtió el administrador—no le pagaba: trató entonces de sacar del juego el diario para mantenerse él y su mujer, y no consiguió otra cosa que perder el juicio.

—¡Oh! yo no sé—dijo Nuñez—cómo se llega á grabar en nuestra cabeza una idea que, siendo absurda para todo el mundo, y aun para los mas ignorantes y los niños, le parezca á un loco, por sábio que haya sido, lo mas natural y lógico que pueda concebirse.

—Ese es uno de tantos misterios de la naturaleza que no pueden explicarse.

Y ambos, compadeciéndose de los desgraciados seres que habian tenido la dicha de verse privados de la facultad mas noble que Dios ha concedido al hombre, y hablando sobre el ningun conocimiento que tenia aún la ciencia con respecto á las causas de esa terrible enfermedad, continuaron andando, y se encontraron en un espacioso patio adornado de otra abundante fuente, de variadas flores y de un copado

árbol que enviaba una benéfica sombra á los que se sentaban á su derredor.

Junto á la fuente, y en actitud magistral, elevando cuanto le era posible la voz, se veía un hombre alto y seco, que se ocupaba en emitir estos conceptos: "Yo soy Salomon, hijo de David, rey de Israel. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la doctrina. Hijo mio, si te halagasen los pecadores, no condesciendas con ellos. Hijo mio, no olvides mi ley, y guarde tu corazón mis preceptos. No se aparten de tí la misericordia y la verdad. No estorbes hacer bien á aquel que puede; si puedes, hazlo tú mismo tambien.

—¿Cómo?—dijo Nuñez al administrador.—¿Y á hombre que predica doctrina tan salvadora se encierra en un hospital? Mas lo merecian los apóstoles de la impiedad, que sin instruccion ninguna se atreven á verter máximas disolventes y antireligiosas.

—Tiene vd. razon; y éste, si no estuviere encaprichado en que es Salomon, podria

pasar por el mas cuerdo del mundo, porque siempre contesta acorde con algun texto de la Escritura,

—¿Es posible?

—Va vd. á juzgarlo.

Y el administrador, acercándose al desgraciado demente que continuaba recitando todos los proverbios, le dijo:

—Las máximas del filósofo Voltaire son mas halagadoras y persuasivas.

—No te deleites en las sendas de los impíos,—contestó el loco—ni te agrade el camino de los malos. Huye de él, y no pases por él; desvíate y abandónalo: porque no duermen si antes no han hecho mal; y el sueño es arrebatado de ellos, si no han armado alguna zancadilla. Comen el pan de la impiedad, y beben el vino de la maldad. Mas la senda de los justos, como luz que resplandece, va adelante, y crece hasta el dia perfecto. El camino de los impíos es tenebroso: no saben donde caerán.

—¡Ay, mamá!

Dijo una de las niñas, agarrándose asustada del vestido de Elisa.

—¿Qué tienes, Teresita?

—¿No ve vd. ese hombre que anda como los animales, sobre las manos y los piés?

—No se asuste vd., Teresita,—contestó el administrador—es un loco pacífico que se cree Nabucodonosor cuando ¡Dios le convirtió en bestia; mas adelante encontraremos otro, subido sobre el tronco de un árbol, que ha dado en la manía de que es gilguero, y todo el día lo pasa allí silvando y pasando de una rama á otra.

—Siempre habia creído que las personas de poca instruccion y corto entendimiento, eran las únicas expuestas á dar entrada á una idea extravagante y á todas lances ridícula; pero con asombro veo que aun los hombres de mas ingenio, de experiencia y saber, están expuestos á los mismos extravíos.

—Tan cierto es eso,—dijo el administrador—que voy á referirle á vd. un caso que trae el ilustrado Muratori. Se habia imaginado el padre Sgambari, jesuita, hombre adelantado en las ciencias y autor de varias obras, que le habian nombrado carde-

nal: no se halló modo ni valieron palabras para convencerle de tan bello fantasma. Su padre provincial le hizo un discreto y amigable razonamiento, con deseo y esperanza de hacerle mudar de parecer, el cual no alcanzó otra respuesta que el siguiente dilema: O vuestra reverencia me tiene por loco, ó no: si no, hablándome de este modo, me infiere un notable agravio; si me imagina loco, perdóneme vuestra reverencia que le diga que es mas loco que yo, porque piensa curar á un pobre loco con solo palabras.

—La respuesta fué aguda.

—Fuera de esta gustosa persuasion, dice el mismo Muratori, retenia el juicio en orden á las materias científicas, respondia con alegre afabilidad, y abria todo el erario de su doctrina á aquellos jóvenes estudiosos que recurrían á él en las dificultades que se les ocurrian, pero con tal que la peticion comenzase con el título de “vuestra eminencia.”

—De manera—advirtió Nuñez—que hu-

biera sanado si un Papa le hubiese creado cardenal.

—En mi concepto, sí. Por la experiencia adquirida al cabo de tantos años de verles diariamente, he notado que el mejor medio de traerles á la razon, es engañarles con la misma clase de engaño de que están poseídos. A uno se le habia puesto en la imaginacion ser nuestro padre Adan, y estaba acostado todo el dia debajo de un árbol del segundo patio, esperando á que durante su sueño naciese Eva de una de sus costillas. El médico del hospital, que es un jóven de capacidad y de talento, hizo venir una jóven hermosa, pero de una familia pobre, á quien se recompensó liberalmente, para que en un rato en que el loco dormia, se colocase á su lado, y al verle despertar, se fuese presentando poco á poco como si saliese de su costilla. La ocurrencia tuvo tan buen éxito, que el desgraciado, viendo cumplido lo que esperaba, recobró inmediatamente el juicio.

—A ese ejemplo—dijo Nuñez—se puede agregar aquel otro, bastante conocido, de

un infeliz que habia dado en la manía de que le habian nacido cuernos, y no atendia á razones en contrario. Un médico se ofreció á curarle con tal que se los dejase cortar, prometiéndole hacerlo con toda destreza. Llevó consigo ocultamente un par de astas, y despues de un grande aparato de sierras y hierros, que hicieron temblar al paciente, pasó á practicar aquella grande operacion: saltaron á tierra las dos armaduras cortadas, y en medio del aplauso de los presentes, dejó al hombre enteramente sano, y de un humor alegre y satisfecho.

—Aquí tuvimos un loco—dijo el administrador—cuya manía era asegurar que tenia un pájaro metido en la cabeza. El mismo jóven médico de que he hablado antes, viendo que no habia medio de traerle á la razon, ocurrió al mismo medio de que se habia valido el que vd. dice para curar al de los cuernos, y al efecto hizo sentarse al enfermo, preparó porcion de instrumentos, y dió al acto toda la importancia que mas puede sorprender al enfermo. Hecho esto, oprimió terriblemente la cabeza del loco, de

jó los instrumentos, y despues de fingir que introducía los dedos por la incision que habia practicado, le presentó al enfermo un pájaro vivo que habia mandado que tuviesen dispuesto para el caso. El loco quedó asombrado y contento al ver en su mano lo que hasta entonces creyó tener dentro de la cabeza; se levantó dando las gracias, y perfectamente sereno; pero cuando todos cantábamos ya victoria, le vimos caer otra vez triste sobre la silla exhalando un suspiro. “¿Qué tiene vd? le preguntó el médico: ¿no le he sacado á vd. ya el ave?—Sí, contestó el loco, pero no he sanado aún.—¿Por qué?—Porque se han quedado dentro el niño y la cria.

El médico conoció que aquel loco no tenia remedio.

—Eso prueba que el sistema que para unos dá los mas felices resultados, es ineficaz para otros.

Mientras así hablaban, se dirijian á otros departamentos llenos de desgraciados, entretenidos en sus diversas locuras.

Elisa caminaba triste y afligida, dominada por melancólicas ideas.

—¿Mamá—le dijo Julita con infantil acento;—á qué hora llegaremos á la habitacion en que se encuentra nuestro amado padre?

—¡Muy pronto, hija mia, muy pronto!

—¡Hace tanto tiempo que no le veo! ¡Pobrecito! ¿se acordará mucho de mi hermanita y de mí, no es verdad?

—¡Acordarse!—dijo conmovida Elisa.—
¡Sí.... sí, se acuerda devosotras!

—¡Oh, qué gusto! Todas las noches he rezado por él. ¡Le quiero tanto!

—Dios tenga á bien que se alivie pronto—dijo Teresita—para que tú dejes de llorar, querida mamá.

— S ; se aliviará, señoritas.

Dijo el administrador.

—¿De veras?

Preguntó Julita.

—El médico me lo ha asegurado.

—Nuestra mamá no ha querido traernos otras veces que ella ha venido, porque no nos afligiésemos viéndole padecer; pero es

tan buena, que hoy ha accedido á nuestros ruegos.

—Ha hecho muy bien. Ahora le encontrarán vdes. tranquilo, y jugando con un criado que le he puesto con este objeto, para ver si logramos traerle á la razon, haciéndole creer que gana siempre.

—¡Dios lo quiera!

—Ahí le tienen vdes.; ya hemos llegado á su cuarto.

Era este un estrecho aposento con una limpia cama colocada en uno de los rincones, y una mesa con dos sillas, en medio.

Diego, probisto, lo mismo que el criado que con él jugaba, de una porcion de monedas falsas, se ocupaba en poner á la carta que le parecia, y que el criado procuraba saliese para tenerle contento.

Estaba flaco como un esqueleto, y pálido como un cadáver.

Julia y Teresita se conmovieron profundamente, al ver el triste estado en que encontraban al desdichado á quien debian la vida.

Dominado constantemente por la idea del

juego, aquel hombre apenas tomaba alimento, ni dormia.

Solo cuando se le hacia creer que habia ganado una fuerte suma, se lograba que se entregase un instante al sueño.

El médico, por lo tanto, habia desesperado de su curacion; y si el administrador aseguro momentos antes lo contrario, fué por verter el consuelo en el sencillo corazon de aquellas inocentes criaturas.

Pero él mismo, así como el facultativo, lejos de creer que pudiera aliviarse, abrigaba la firme conviccion de que no podria resistir por mucho tiempo al estado de aniquilamiento en que se hallaba.

Diego alzó la cabeza al ver que se acercaba gente, y fijó la vista en sus dos angélicas criaturas.

Un rayo de luz, el sentimiento de la sangre pareció iluminarle en aquel momento.

Dejó las cartas sobre la mesa; exhaló una exclamacion de placer, y corrió con los brazos abiertos á abrazar á sus cándidas hijas, exclamando:

—¡Teresita.... Julia!... ¡hijas mias!..

¡al fin tengo el consuelo de haberos vuelto á ver.

—¡Papá!.... querido papá!....

Exclamaron á su vez aquellos dos ángeles colgándose del cuello del autor de sus días y cubriéndole de besos.

Aquella escena conmovió á los que la presenciaban.

Elisa lloraba de placer, y Nuñez, enternecido como ella, sintió humedecerse sus ojos.

—¡Oh.... gracias Elisa!....—continuó Diego estrechando con cariño la mano de su esposa:—¡gracias porque me has proporcionado la dicha de ver á mis queridas hijas!....

Y las acariciaba sin cesar enajenado de júbilo.

—¡Estás contento, papá, porque hemos venido á verte?

—¡Que si estoy contento!.... ¡Oh!.... como nunca lo he estado.... como no es fácil estarlo en el mundo!....

Al escucharle hablar de aquella manera,

el administrador concibió alguna esperanza de que recobrase la razón.

Nuñez y Elisa participaron de la misma lisonjera opinión.

Creyeron que el sentimiento paternal y el amor á sus tiernos hijos, podría absorber de nuevo todas sus potencias, sobreponiéndose á la fatal idea del juego.

¿Acertaban en sus conjeturas?

Al verle posponer las cartas en que habia estado jugando á la dicha de colmar de atenciones á los amados seres que no se saciaba de contemplar, cualquiera hubiese afirmado que la naturaleza triunfaba al fin del vicio y de la locura.

¡Risueña perspectiva para una familia virtuosa y desolada!

—¡Cuán dichosas somos mi hermanita y yo al sentir tus caricias!—dijo Teresita.—
¡Hacia tanto tiempo que estábamos privadas de ellas!

—¡Sois dos ángeles que me envía Dios para consolarme!—exclamó Diego enternecido:—Tened, hijas mías, tened: todo este

dinero es para vosotras y para vuestra madre.

Y les dió algunas monedas que tenia en el bolsillo.

—¡Si vieras cuánto ha llorado la infeliz por tí!

—Sí; pero en lo sucesivo no habrá llanto, sino alegría y placer. Hace mucho tiempo que estoy de suerte y que gano:—añadió con misterio:—Podeis, pues, ir tranquilas, y mañana sereis ricas, poderosas, porque voy á ganar hoy muchos miles.... muchos!.... Idos.... adios.

Y apartándose de sus hijas se acercó á la mesa, diciéndole al criado:

—Volvamos á jugar.

Estas palabras helaron el corazón de Elisa.

Se habian desvanecido las lisonjeras esperanzas concebidas hacia un momento.

Su esperado alivio no habia sido mas que un lúcido intervalo, tan instantáneo como la luz que despide el relámpago.

—Al cinco todo lo que tengo.

Dijo colocando sobre una carta el dinero falso que tenia sobre la mesa.

El criado corrió la baraja, y gritó:

—El cinco mozo.

Diego se sonrió como un insensato, mientras contaba las monedas que el criado le entregaba.

—¡No hay remedio!

Exclamó afligida Elisa.

A esta exclamacion, volvió iracundo la vista Diego, y gritó dando un fuerte puñetazo en la mesa.

—¿No he dicho que se vayan, que me dejen jugar por la última vez?

Julia y Teresita se estremecieron, y se arrimaron á su mamá.

—Retirémonos, señora—dijo el administrador:—es preciso no contradecirle, porque se irritaria hasta el frenesí, y esto nos alejaria mas y mas de su curacion: es preciso condescender, para ver si conseguimos por medio de la dulzura atraerle á la razon.

Elisa, atribulada y afligida, envió una mirada de compasion y de cariño á su desventurado esposo, y se alejó en medio de sus

hijas y prensado el pecho de dolor, de aquel sitio en que dejaba al que en un tiempo fué su amor, sus ilusiones, el bello ideal de su existencia.

Nuñez y el administrador la seguían enternecidos.

—¡Ah! ¡siempre lo mismo!—exclamó Elisa.—Vengo con la dulce esperanza de permanecer á su lado largo tiempo, y apenas me es dado estar un instante.

—Pero siquiera hemos tenido el gusto de verle, mamá; de que nos haya abrazado.

Dijo Julita.

—Sí, hijas mías; ha sido un placer para mí veros acariciadas por vuestro desgraciado padre. ¡Os amaba tanto antes de que esa funesta pasión al juego le dominara! ¡Cuántas víctimas ha hecho ese insaciable vicio!

—Infinitas:—interrumpió el administrador.—No hace mucho que condujeron á esta casa, delirante y frenético, á un anciano, cuyo hijo se había suicidado por haber perdido al juego cuanto poseía.

—¡Y ese desventurado padre ha recobrado el juicio?

Preguntó Nuñez.

—Sí, por fortuna; fué un exceso de dolor y de sentimiento el que le agitó por espacio de dos días: en su delirio no veía más que á su hijo exponiendo á una carta la suerte de su familia, y luego revolcándose en su sangre.... Pero el médico le atendió con tiempo y con acierto, y mañana mismo volverá sano y bueno á la posada en que vivía.

—¿Y es persona de suposición?

En mi concepto, es de vasta instrucción, de considerable fortuna, y de un alma noble y generosa.

—¿Y está en el departamento de los dementes?

—No señor; está en habitaciones separadas que hay arriba: ahora que voy á tener el gusto de enseñarles á vdes. el edificio, aprovecharé la oportunidad de presentarle á él.

Diciendo esto, volvieron hácia la puerta de salida por los mismos patios y corredores que habían atravesado; al verse en el portal del edificio, tomaron á la izquierda, y por una espaciosa y descansada escalera

de piedra, subieron á unos espaciosos corredores donde se encontraba paseando un hombre, vestido de rigoroso luto.

Era un anciano de venerable aspecto, de modales distinguidos y de fisonomía dulce, pero velada por un tinte de dolorosa melancolía que interesaba en su favor.

Núñez fijó la vista en él, dió un grito de sorpresa, y corrió á su encuentro, al mismo tiempo que el anciano, asombrado tambien, le abría los brazos para recibirle.

—¡Señor Núñez!....

—¡D. Manuel Turon! ¡mi antiguo y apreciable principal!

Dijo Núñez asombrado de aquel encuentro.

Y ambos se abrazaron como dos buenos amigos que se ven despues de una larga ausencia.

—Pero ¿qué me anuncia ese luto?—continuó Núñez, fijando la vista en el traje del anciano:—¡Ha muerto, por desgracia, vuestra digna esposa?

—No;—respondió D. Manuel con voz conmovida:—quien ha muerto, y de la manera

mas desgraciada, suicidándose hace pocas noches, ha sido mi pobre hijo Ernesto, víctima del detestable vicio al juego.... Mi querido hijo á quien encontré en la fèria de Tlalpam, hecho un miserable, sin un real, y poniendo á una carta el retrato de su amante madre!

—¡El juego!

Exclamó Elisa horrorizada.

—Sí:—contestó el anciano conmovido.—

¡El juego! El juego le absorbió cuanto poseía: el juego le hizo que dejase perecer de miseria, de hambre, y abandonada, á su virtuosa esposa y á una inocente criatura, que espiró mordiendo el seco pecho de su moribunda madre; y el juego, en fin, le puso en las manos el arma fatal que le condujo á la eternidad!

Elisa, sus tiernas hijas y Núñez, se horrorizaron.

—¡Luego era él quien se encontró muerto en el callejon de Mecateros, y que todos creyeron que le habian asesinado?

—¡El mismo!

Dijo el anciano con el acento de la mayor tristeza,

—¡Desgraciado!

—¡Ah! y no solo me condena á vivir en el llanto y el dolor, sino que me expuso á perder la razon, y á que fuese un insensato.... ¡un miserable loco! ¡Oh! sí; el sentimiento y la sorpresa me habian causado una sensacion tan profunda y violenta, que llegué á perder por dos dias el juicio.... entonces, como que nadie me conocia, y en la posada no habia local, ni proporcion de atenderme en todo, me condujeron á este sitio, donde merced á los eficaces y acertados remedios de un médico prudente y entendido, conseguí recobrar la razon que estuve próximo á perder para siempre.

—¿Y cuándo ha dispuesto vd. salir de este edificio?

—Mañana mismo: he tomado una casa en la primera calle de Plateros número 6, y allí me ofrezco á su disposicion.

—Mil gracias.

—Traigo algunos negocios que arreglar antes de volverme á Guadalajara, y quiero

tener donde viva, todas las comodidades posibles.

—Hace vd. perfectamente.

Contestó Nuñez; y despues de darle las señas de la casa en que él vivia, poniéndola á su disposicion y de ofrecerle que iria á visitarle, se despidió de su antiguo principal y del atento administrador, dió el brazo á Elisa, junto á la cual iban Julia y Teresita, bajó la espaciosa escalera, subieron al coche que habian dejado en la puerta de la calle, y poco despues se alejaban de aquel lúgubre recinto, donde tantas emociones habian sentido.